

tan el hecho, antes sí indican la verdadera causa de que se haya presentado con aspecto tan imponente.

Desde el punto de vista que acabo de señalar, todo se descubre en su verdadero tamaño: los hombres apenas figuran, casi desaparecen; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los planes vastos, las ideas altas y generosas, los esfuerzos de independencia, se reducen á suposiciones arbitrarias; el cebo de las depredaciones, la ambicion, las rivalidades de los soberanos, juegan como causas mas ó menos influyentes, pero siempre en un orden secundario: ninguna causa se escluye, solo que se las coloca á todas en su lugar; no se permite la exageracion de su influencia, y señalándose una principal, no deja de mirarse el hecho como de tal naturaleza, que en su nacimiento y desarrollo debieron de obrar un sinnúmero de agentes. Y cuando se llega á una cuestion capital en la materia, cuando se pregunta la causa del odio, de la exasperacion que han manifestado los sectarios contra Roma; cuando se pregunta si esto no revela algunos grandes abusos de su parte, si no hace sospechar su sinrazon, se puede responder tranquilamente: que siempre se ha visto que las olas en la tormenta braman furiosas contra la roca inmóvil que les resiste.

Tan lejos estoy de atribuir á los abusos la influencia que muchos les han asignado con respecto al nacimiento y desarrollo del Protestantismo, que estoy convencido de que por mas reformas legales que se hubieran hecho, por mas condescendiente que se hubiera manifestado la autoridad eclesiástica en acceder á demandas y exigencias de todas clases, hubiera acontecido poco mas ó menos la misma desgracia.

Es necesario haber reparado bien poco en la extrema inconstancia y movilidad del espíritu humano, y haber estudiado muy poco su historia, para desconocer que era esta una de aquellas grandes calamidades, que solo Dios, por providencia especial, es bastante á evitarlas (5).

CAPITULO III.

La proposicion sentada al fin del capítulo anterior me sugiere un corolario, que si no me engaño, ofrece una nueva demostracion de la divinidad de la Iglesia católica.

Se ha observado como cosa muy admirable la duracion de la Iglesia católica por espacio de 18 siglos, y eso á pesar de tantos y tan poderosos adversarios; pero quizá no se ha notado bastante, que atendida la índole del espíritu humano, uno de los grandes prodigios que presenta sin cesar la Iglesia, es la unidad de doctrina en medio de toda clase de enseñanza, y abrigando siempre en su seno un número considerable de sabios.

Llamo muy particularmente sobre este punto la atencion de todos los hombres pensadores; y estoy seguro, de que aun cuando yo no acierte á desenvolver cual merece este pensamiento, encontrarán ellos aquí un gérmen de muy graves reflexiones. Tal vez se acomodará tambien este modo de mirar la Iglesia, al gusto de ciertos lectores, pues prescindiré enteramente de los caracteres que se rocen con la revelacion, y consideraré el Catolicismo, no como religion divina, sino como escuela filosófica.

Nadie que haya saludado la historia de las letras me podrá negar, que en todos tiempos haya tenido la Iglesia en su seno hombres ilustres por su sabiduría. En los primeros siglos, la historia de los padres de la Iglesia, es la historia de los sábios de primer orden, en Europa, en Africa y en Asia; despues de la irrupcion de los bárbaros, el catálogo de los hombres que conservaron algo del antiguo saber, no es mas que un catálogo de eclesiásticos; y por lo que toca á los tiempos modernos, no es dable señalar un solo ramo de los conocimientos humanos, en que no figuren en primera línea, un número considerable de católicos.

Es decir que de 18 siglos á esta parte, hay una série no interrumpida de sabios, que son católicos, ó que están acordes en un cuerpo de doctrina formado de la reunion de las verdades enseñadas por la Iglesia católica. Prescindiendo ahora de los caracteres de divinidad que la distinguen, y considerándola únicamente como una escuela ó una secta cualquiera, puede asegurarse que presenta en el hecho que acabo de consignar, un fenómeno tan extraordinario, que ni es posible hallarle semejante en otra parte, ni es dable explicarle como comprendido en el orden regular de las cosas.

Seguramente que no es nuevo en la historia del espíritu humano, el que una doctrina mas ó menos razonable, haya sido profesada algun tiempo por un cierto número de hombres ilustrados y sabios: este espectáculo lo hemos presenciado en las sectas filosóficas antiguas y modernas: pero que una doctrina se haya sostenido por espacio de muchos siglos, conservando adictos á ella á sabios de todos tiempos y paises, y sabios por otra parte muy discordes en sus opiniones particulares, muy diferentes en costumbres, muy opuestos tal vez en intereses, y muy divididos por sus rivalidades, este fenómeno es nuevo, es único, solo se encuentra en la Iglesia católica. Exigir fé, unidad en la doctrina, y fomentar de continuo la enseñanza, y provocar la discusión sobre toda clase de materias; incitar y estimular el exámen de los mismos cimientos en que estriba la fé, preguntando para ello á las lenguas antiguas, á los monumentos de los tiempos mas remotos, á los documentos de la historia, á los descubrimientos de las ciencias observadoras, á las lecciones de las mas elevadas y analíticas; presentarse siempre con generosa confianza en medio de esos grandes liceos, donde una sociedad rica de talentos y de saber, reúne como en focos de luz todo cuanto le han legado los tiempos anteriores, y lo demas que ella ha podido reunir con sus trabajos, he aquí lo que ha hecho siempre, y está haciendo todavía la Iglesia; y sin embargo, la vemos perseverar firme en su fé, en su unidad de doctrina, rodeada de hombres ilustres, cuyas frentes ceñidas de los laureles literarios ganados en cien palestras, se le humillan serenas y tranquilas, sin que lo tengan á mengua, sin que crean que deslustren las brillantes aureolas que resplandecen sobre sus cabezas.

Los que miran el Catolicismo como una de tantas sectas que

han aparecido sobre la tierra, será menester que busquen algun hecho que se parezca á este; será menester que nos expliquen cómo la Iglesia puede de continuo presentarnos ese fenómeno, que tan en oposicion se encuentra con la innata volubilidad del espíritu humano: será necesario que nos digan cómo la Iglesia romana ha podido realizar este prodigio, y qué imán secreto tiene en sus manos el Sumo Pontífice para que él pueda hacer lo que no ha podido otro hombre. Los que inclinan respetuosamente sus frentes al oír la palabra salida del Vaticano, los que abandonan su propio parecer para sujetarse á lo que les dicta un hombre que se apellida *Papa*, no son tan solo los sencillos é ignorantes: miradlos bien: en sus frentes altivas descubriréis el sentimiento de sus propias fuerzas, y en sus ojos vivos y penetrantes vereis que se trasluce la llama del genio que oscila en su mente. En ellos reconocereis á los mismos que han ocupado los primeros puestos de las academias europeas, que han llenado el mundo con la fama de sus nombres, nombres trasmitidos á las generaciones venideras entre corrientes de oro. Recorred la historia de todos los tiempos, viajad por todos los paises del orbe, y si encontrais en ninguna parte un conjunto tan extraordinario, el saber unido con la fé, el genio sumiso á la autoridad, la discusión hermanada con la unidad, presentadle: habreis hecho un descubrimiento importante: habreis ofrecido á la ciencia un nuevo fenómeno que explicar: ¡ah! esto os será imposible, bien lo sabeis; y por esto apelareis á nuevos eflugios, por esto procurareis oscurecer con cavilaciones la luz de una observacion que sugiere á una razon imparcial, y hasta al sentido comun, la legítima consecuencia de que en la Iglesia católica hay algo que no se encuentra en otra parte.

“Estos hechos, dirán los adversarios, son ciertos; las reflexiones que sobre ellos se han emitido no dejan de ser deslumbradoras; pero bien analizada la materia, desaparecerán todas las dificultades que pueden presentarse por la estrañeza que causa el haberse verificado en la Iglesia un hecho que no se ha verificado en ninguna secta. Si bien se mira, cuanto hasta aquí se lleva alegado, solo prueba que en la Iglesia ha habido siempre un sistema determinado, que apoyado en un punto fijo, ha podido ser realizado con uniforme regularidad. En la Iglesia se ha conocido que el origen de la fuerza está en la union, que para esta

union, era necesario establecer *unidad* en la doctrina, y que para conservar esta *unidad* era necesaria la sumision á la autoridad. Esto una vez conocido, se ha establecido el principio de sumision, y se le ha conservado invariablemente: he aquí explicado el fenómeno: en esto no negaremos que haya sabiduría profunda, que haya un plan vasto, un sistema singular; pero nada podreis inferir en pro de la divinidad del Catolicismo.”

Esto es lo que se responderá, porque es lo único que se puede responder; pero fácil es de notar, que á pesar de esa respuesta, queda la dificultad en todo su vigor. Resulta siempre en claro que hay una sociedad sobre la tierra, que por espacio de 18 siglos, ha sido siempre dirigida por un principio constante, fijo; una sociedad que ha logrado que se adhiciesen á este principio hombres eminentes de todos tiempos y paises, y por tanto permanece siempre en pié todo el embarazo que ofrecen á los adversarios las siguientes preguntas. ¿Cómo es que solo la Iglesia ha tenido este principio? ¿cómo es que á solo ella se le haya ocurrido tal pensamiento? ¿cómo es que si ha ocurrido á otra secta, ninguna lo haya podido poner en planta? ¿cómo es que todas las sectas filosóficas hayan desaparecido, unas en pos de otras, y la Iglesia no? ¿cómo es que las otras religiones, si han querido conservar alguna unidad, han tenido siempre que huir de la luz, y esquivar la discusion, y envolverse en negras sombras; y la Iglesia haya siempre conservado su *unidad*, buscando la luz, y no ocultando sus libros, no escaseando la enseñanza, sino fundando por todas partes colegios, universidades y demas establecimientos, donde pudiesen reunirse y concentrarse todos los resplandores de la erudicion y del saber?

No basta decir que hay un sistema, un plan: la dificultad está en la misma existencia de ese sistema, de ese plan; la dificultad está en explicar cómo se han podido concebir y ejecutar. Si se tratase de pocos hombres, reunidos en ciertas circunstancias, en determinados tiempos y paises, para la ejecucion de un proyecto limitado á breve espacio, no habria aquí nada de particular; pero se trata de 18 siglos, se trata de todos los paises, de las circunstancias mas variadas, mas diferentes, mas opuestas; se trata de hombres que no han podido avenirse, ni concertarse. ¿Cómo se explica todo esto? Si no es mas que un sistema, un plan humano, ¿qué hay de misterioso en esa ciudad de Roma que así reu-

ne en torno suyo á tantos hombres ilustres de todos tiempos y paises? Si el pontífice de Roma no es mas que el gefe de una secta, ¿cómo es que de tal modo alcanza á fascinar el mundo? ¿se habria visto jamás un mago que ejecutase estrañeza mas estupenda? ¿No hace ya mucho tiempo que se declama contra su *despotismo religioso*? ¿por qué pues no ha habido otro hombre que le haya arrebatado el cetro? ¿por qué no se ha erigido otra cátedra que disputase á la suya la preeminencia, y se mantuviese en igual esplendor y poderío? ¿Es acaso por su poder material? es muy limitado; y no podria medir sus armas con ninguna potencia de Europa. ¿Es por el carácter particular, por la ciencia, por las virtudes de los hombres que han ocupado el solio pontificio? pero ¿cómo es posible que en el espacio de 18 siglos no hayan tenido infinita variedad los caracteres de los papas, y muy diferentes graduaciones su ciencia y sus virtudes? A quien no sea católico, á quien no viere en el Pontífice romano al Vicario de Jesucristo, aquella *pedra* sobre la cual edificó Jesucristo la Iglesia; la duracion de su autoridad ha de parecerle el mas estraordinario de los fenómenos; ha de ofrecérsele como una de las cuestiones mas dignas de proponerse á la ciencia que se ocupa en la historia del espíritu humano la siguiente: ¿cómo es posible que por espacio de tantos siglos haya podido existir una série no interrumpida de sábios, que no se hayan apartado de la doctrina de la cátedra de Roma?

Al comparar M. Guizot el Protestantismo con la Iglesia Romana, parece que la fuerza de esta verdad conmovia algun tanto su entendimiento; y que los rayos de esta luz introducian el desconcierto en sus observaciones. Oigámosle de nuevo: oigamos á ese escritor cuyos talentos y nombradía habrán deslumbrado en estas materias á aquellos lectores, que ni examinan siquiera la solidez de las pruebas, mientras vengan envueltas en hermosas imágenes; á aquellos que aplauden toda clase de pensamientos, mientras desfilen ante sus ojos en un torrente de elocuencia encantadora; que llenos de entusiasmo por el mérito de un hombre, le escuchan como infalible oráculo; y mientras blasonan de independencia intelectual, suscriben sin exámen á las decisiones de su director, escuchan con sumision sus fallos, y no se atreven á levantar la frente para pedirle los títulos del predominio. En las palabras de M. Guizot notaremos que sintió, como todos los

grandes hombres del Protestantismo, el vacío inmenso que hay en esas sectas, y la fuerza y robustez que entraña la religion católica; notaremos que no pudo eximirse de la regla general de los grandes ingenios, regla de que son prueba los mas explícitos testimonios consignados en los escritos de los hombres mas eminentes que ha tenido la reforma protestante. Despues de haber notado M. Guizot la inconsecuencia con que procedió el Protestantismo, y su falta de buena organizacion en la sociedad intelectual, continúa: "No se ha sabido hermanar todos los derechos y necesidades *de la tradicion* con las pretensiones de la libertad. Y eso proviene sin duda de que la *reforma no ha plenamente comprendido y aceptado, ni sus principios ni sus efectos.*" ¿Qué religion será esa que *ni comprende ni acepta plenamente sus principios y sus efectos?* ¿Salió jamas de boca humana condenacion mas terminante de la reforma? ¿Cómo podrá pretender el derecho de dirigir ni al hombre ni á la sociedad? ¿Pudo decirse jamas otro tanto de las sectas filosóficas antiguas ni modernas? "De ahí ese aire de inconsecuencia (continúa M. Guizot) que ha tenido la reforma, y el *espíritu limitado* que ha manifestado; circunstancias que han prestado armas y ventajas á sus adversarios. Sabian éstos bien lo que deseaban y lo que hacian, partian de principios fijos, y marchaban hasta sus últimas consecuencias. Nunca ha habido un gobierno mas consecuente y sistemático que el de la Iglesia Romana." Y ¿de dónde trae su origen este sistema tan consecuente? Cuando es tanta la inconstancia, y la volubilidad del espíritu del hombre, ¿este sistema, esta consecuencia, estos principios fijos, nada dicen á la filosofia y al buen sentido?

Al reparar en esos terribles elementos de disolucion que tienen su origen en el espíritu del hombre, y que tanta fuerza han adquirido en las sociedades modernas; al notar como destrozán y pulverizan todas las escuelas filosóficas, todas las instituciones religiosas, sociales y políticas, pero sin alcanzar á abrir una brecha en las doctrinas del Catolicismo, sin alterar ese sistema tan fijo y consecuente, ¿nada se inferirá en favor de la religion católica? Decir que la Iglesia ha hecho lo que no han podido hacer jamas, ninguna escuela, ningun gobierno, ninguna sociedad, ninguna religion; ¿no es confesar que es mas sábia que la humanidad entera? y esto ¿no prueba que no debe su origen al pensa-

miento del hombre, y que ha bajado del mismo seno del Criador del universo? En una sociedad formada de hombres, en un gobierno manejado por hombres, que cuenta diez y ocho siglos de duracion, que se estiende á todos los paises, que se dirige al salvaje en sus bosques, al bárbaro en su tienda, al hombre civilizado en medio de las ciudadades mas populosas; que cuenta entre sus hijos al pastor que se cubre con el pellico, al rústico labrador, al poderoso magnate; que hace resonar igualmente su palabra al oído del hombre sencillo ocupado en sus mecánicas tareas, como al del sabio que encerrado en su gabinete está absorto en trabajos profundos; un gobierno como este, tener como ha dicho M. Guizot, *siempre una idea fija, una voluntad entera, y guardar una conducta regular y coherente*, ¿no es su apología mas victoriosa, no es su panegírico mas elocuente, no es una prueba de que encierra en su seno algo de misterioso?

Mil veces he contemplado con asombro ese estupendo prodigio; mil veces he fijado mis ojos sobre ese árbol inmenso que estiende sus ramas desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodía; véolo cobijando con su sombra á tantos y tan diferentes pueblos, y encuentro descansando tranquilamente debajo de ella la inquieta frente del Genio.

En Oriente, en los primeros siglos de haber aparecido sobre la tierra esa religion divina, en medio de la disolucion que se habia apoderado de todas las sectas, veo que se agolpan para escuchar su palabra los filósofos mas ilustres; y en Grecia, en Asia, en las márgenes del Nilo, y en todos esos paises donde hormigueaba poco antes un sinnúmero de sectas, veo que se levanta de repente una generacion de hombres grandes, ricos de erudicion, de saber y de elocuencia, y todos acordes en la *unidad* de la doctrina católica. En Occidente, cuando se va á precipitar sobre el caduco imperio una muchedumbre de bárbaros, que se presentan á lo lejos como negra nube que asoma en el horizonte preñada de calamidades y desastres, en medio de un pueblo sumergido en la corrupcion de costumbres, y olvidado completamente de su antigua grandeza, veo á los únicos hombres que pueden apellidarse dignos herederos del nombre romano, buscar un asilo á su austeridad de costumbres en el retiro de los templos, y pedir á la religion sus inspiraciones para conservar el antiguo saber y enriquecerle y agrandarle. Lléname de admira-

cion y asombro el encontrar al talento sublime, al digno heredero del genio de Platon, que despues de haber preguntado por la verdad á todas las escuelas y sectas, despues de haber recorrido todos los errores con briosa osadía, y con indomable independencia, se siente al fin dominado por la autoridad de la Iglesia, y el filósofo libre se trasforma en el grande obispo de Hipona. En los tiempos modernos desfilan delante de mis ojos esa série de horabres grandes que brillaron en los siglos de Leon X y de Luis XIV: veo perpetuarse esa ilustre raza aun al través del calamitoso siglo XVIII; y en el XIX veo que se levantan tambien nuevos atletas, que despues de haber acosado el error en todas direcciones van á colgar sus trofeos á las puertas de la Iglesia católica.

¡Qué prodigio es este! ¡Dónde se ha visto jamas una escuela, una secta, una religion semejante! Todo lo estudian, de todo disputan, á todo responden, todo lo saben, pero siempre acordes en la unidad de doctrina, siempre sumisos á la autoridad, siempre inclinando respetuosamente sus frentes, siempre humillándose en obsequio de la fé: esas frentes donde brilla el saber, donde imprime sus rasgos un sentimiento de noble independencia, de donde salen tan generosos arranques. ¿No os parece descubrir un nuevo mundo planetario, donde globos luminosos ruedan en vastas órbitas por la inmensidad del espacio, pero atraidos por una misteriosa fuerza hácia el centro del sistema? Fuerza que no les permite el extravío, sin quitarles empero nada ni de la magnitud de su mole, ni de la grandiosidad de su movimiento, antes inundándolos de luz, y dando á su marcha una regularidad magestuosa (6).

CAPITULO IV.

Esa idea fija, esa voluntad entera; ese plan tan sábio y constante, ese sistema tan trabado, esa conducta tan regular y coherente, ese marchar siempre con seguro paso hácia objeto y fin determinado, ese admirable conjunto reconocido y confesado por

M. Guizot, y que tanto honra á la Iglesia Católica, mostrando su profunda sabiduría y revelando la altura de su origen; no ha sido nunca imitado por el Protestantismo, ni en bien ni en mal; porque, segun llevo ya demostrado, no puede presentar un solo pensamiento del que tenga derecho á decir: *esto es mio*. Se ha querido apropiarse el principio de exámen privado en materias de fé, y algunos de sus adversarios tal vez no se han resistido mucho á adjudicárselo, por no reconocer en él otro elemento que pudiera llamarse constitutivo: y ademas por reparar, que si de haber engendrado tal principio quisiera gloriarse, seria semejante á aquellos padres insensatos que labran su propia ignominia, haciendo gala de tener hijos de pésima índole, y discolos en conducta. Es falso sin embargo que tal principio sea hijo suyo; antes al contrario, mas bien podria decirse que el principio de exámen ha engendrado al Protestantismo; pues que este principio se halla ya en el seno de todas las sectas, y se le reconoce como gérmen de todos los errores; por manera, que al proclamar los protestantes el exámen privado, no hicieron mas que ceder á la necesidad que es comun á todas las sectas separadas de la Iglesia.

Nada hubo en esto de plan, nada de prevision, nada de sistema: la simple resistencia á la autoridad de la Iglesia envolvia la necesidad de un exámen privado sin límites, la ereccion del entendimiento en juez único; y así fué ya desde un principio enteramente inútil toda la oposicion que á las consecuencias y aplicaciones del tal exámen hicieron los corifeos protestantes: roto el dique no es posible contener las aguas.

“El derecho de examinar lo que debe creerse, dice una famosa dama protestante (*De l'Allemagne, par Mad. Stael, 4me partie, chap. 2*), es el principio fundamental del Protestantismo. No lo entendian así los primeros reformadores: creian poder fijar las columnas del espíritu humano en los términos de sus propias luees; pero mal podian esperar que sus decisiones fuesen recibidas como infalibles, cuando ellos negaban este género de autoridad á la religion católica.” Semejante resistencia por parte de ellos solo sirvió á manifestar que no abrigaban ninguna de aquellas ideas, que si estravian el entendimiento, muestran al menos en cierto modo la generosidad y nobleza del corazon; y de ellos no podrá decir el entendimiento humano, que le descaminasen con la mira de hacerle andar con mayor libertad. “La revolucion reli-